ADELARDO FERNANDEZ-ARIAS

PLANTAS DE SALÓN

COMEDIA EN UN ACTO Y ORIGINAL

ESTRENADA EN MADRID EN EL TEATRO DE LA PRINCESA
LA NOCHE DEL 27 DE ABRIL DE 1899

MADRID
IMPRENTA DE «LA BIBLIOTECA ILUSTRADA»
Infantas, núm. [illegible]
[illegible]

A CEFERINO PALENCIA

Pecaría de injusto, Ceferino, si esta mi primera comedia no la dedicase á usted, á quien no sólo me une cariñosa y buena amistad, sino un deber de gratitud.

Compense el escaso mérito de mi obra el grande y eterno reconocimiento de

ADELARDO FERNÁNDEZ-ARIAS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Adela (25 años)	Sra. Rojas.
Consuelo	Sta. Lora.
Carmen	» Milián.
Estrella	» Medina.
Elena	Sra. Mezquía.
Luis de la Serna (35 años)	Sr. Nortes.
Gonzalo Henestrosa (25 años)	» Reig.
Rodolfo (50 años)	» Almada.
D. Antonio (que no habla)	» González.
Audina	» Villanova.
Levis	» Villalonga.
Garnelo	» Ferrer.
Rigodón	» Mandión.
Lombay	» Mendiguchía.

Época actual. Derecha é izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

La escena representa el interior de una *serre* en casa de Adela. Plantas exóticas de estufa diseminadas por la escena. Tres puertas darán acceso á la *serre*, una en el foro derecha y dos laterales. A través de ella se verá el jardín. Dos estatuas con grandes globos de luz eléctrica. En la derecha velador y tres sillas de jardín; en la izquierda dos mecedoras y otras sillas.

ESCENA PRIMERA

RODOLFO Y GONZALO, (*que antran por el foro*).

(*Al levantarse el telón se oirán los últimos acordes de un vals.*)

GONZALO

—Espléndido está el baile.

RODOLFO

—Adela es muy hermosa, y su vida original atrae á mucha gente; es irrespirable la atmósfera de los salones; pero... continuemos la conversación.

GONZALO

—Como gustes.

RODOLFO

—Si; permíteme, querido Gonzalo, que por un momento me transforme de íntimo amigo tuyo en *dómine* predicador y te regaña, sí, te regañe... ¿Que por qué?... No tienes perdón; tú, Gonzalo Henestrosa, marqués de Bustamante, un hombre que disfruta de muchos millones de capital y que hasta ahora se conservó en su provincia, alejado del bullicio de la Corte, pretende entrar en la sociedad de Madrid, olvidar la paz de su viejo castillo y aprender la confusión de este nuevo mundo. Paz, dicha, sinceridad; he aquí el lema que debieras ostentar entre los cuarteles de tu escudo siempre que en tu provincia te halles. Mas aquí, desgracia, muerte, hipocresía.

GONZALO

—Es cierto que todos mis ascendientes vivieron en el castillo; pero yo, un espíritu joven, deseoso de algo nuevo, no podía resignarme á vivir monótonamente entre aquellos murallones; necesitaba ver á Madrid: vivir su sociedad; gozar de su vida. Por otra parte, ya lo sabes, quieren que me case con aura de Lasheras, la hija de los duques de Val.

RODOLFO (*después de una pausa*).

—¡Oh! ¡El duque de Val! ¡El santurrón! El buen duque reza y á la vez niega la existencia de Dios; es hermano de una cofradía y de una logia masónica, y mientras pretende estar afiliado al partido carlista, sirve á los republicanos. ¡Hipocresía! ¡Siempre hipocresía! ¡Gonzalo, siento que voy á perder un amigo! Mejor dicho, ¡voy á perder un hombre!

GONZALO

—¡Rodolfo!

RODOLFO

—Sí, Gonzalo, el hombre va á convertirse en planta de salón...

GONZALO

—Bien; tu temperamento de literato y soñador se excita. Hablemos de otra cosa. (*Pausa.*) En confianza: ¿qué opinas de Adela? Hace dos días me presentastes á ella, y si te he de decir verdad, no comprendo á esta mujer.

RODOLFO

—¡Adela!... un enigma para los necios, un poema para los que la comprenden. Voy á explicarte su historia. Sus padres, honrados comerciantes que á fuerza de trabajo consiguieron reunir un capital cuantiosísimo. Ella, que desde muy joven fué muy coqueta y muy despreocupada; su linda cabecita nació llena de ideas, de aspiraciones sin fin, inclinó su voluntad á instruirse, y... ¡Adela es una mujer que sabe mucho!.. Murieron sus padres, vivió con su tutor hasta cumplir la edad reglamentaria, y llamándose independiente comenzó una vida escéptica que á todos admiraba por su rara originalidad; vive con su tío, un pobre señor sordo-mudo que se pasa la vida durmiendo; figúrate, sordo mudo, inútil. La casa de Adela está abierta á todas horas para sus amigos; da *soirées*, habla de todo, todo lo discute, en nada cree, escribe, canta, hace música, pinta algo, discurre mucho y no cree en el amor¡ no cree en el amor! Qué frase más exótica ¡eh! Sobre todo tratándose de una mujer. ¡Pues sí! Adela no cree en el amor y se ha jurado no casarse. Dice que el celibato es el estado único feliz de que la mujer disfruta. ¡Es una mujer original!

GONZALO

—Y Dime, Rodolfo, ¿es cierto lo que oí que murmuraban?

RODOLFO

—¿murmuraban? Entonces no es verdad; el mundo se complace en murmurar de los absurdos, pretendiendo que sean viables; ¿qué decían?

GOÑZALO

—Todos... en grupos; por todas partes, en todos los salones... ¡no se hablaba de otra cosa! Decían que Adela y Luis de la Serna...

RODOLFO (*interrumpiéndole*).

—No sigas, conozco la historia. La Serna es un canalla vestido de frac que se presenta al mundo como un caballero; su fatuidad no tiene límites; su inteligencia no concibe sino las acciones más ruines, su alma es más miserable que su cuerpo. No se sabe por qué, se obstina en casarse con Adela, y ella, ella le desprecia, y creo que hasta le odia. La Serna reunió ayer un puñado de amigos suyos tan canallas como él, y los estacionó en esa calle, delante del jardín de Adela; él entró en la casa y de aquí salió esta mañana sin que se sepa dónde ha pasado la noche, que yo estoy seguro que habrá sido quizás en la caseta del perro. (*Pausa*). Sus amigos se han encargado de propalar la noticia... y eso es todo...

GONZALO

—Pero eso es una monstruosidad. ¿Cómo ese hombre se pasea esta noche por los salones de esta casa? Porque le he visto...

RODOLFO

Precisamente, si te separé un instante del bullicio del baile era para hacerte un ruego en nombre de Adela. (*Pausa.*) Adela aprovecha la fiesta que hoy da con motivo de su cumpleaños para representar una escena trascendental de mucha importancia; quiere dar una lección durísima á Luis de la Serna, y para ello necesita de la cooperación de todos nosotros... Precisamente... mira (*señala al jardín*), vienen hacia aquí Adela con su pobre tío, y detrás, como la sombra de *Los Madgyares*, Luis de la Serna.

ESCENA II

DICHOS, ADELA, LUIS Y DON ANTONIO, *que entran por el foro.* (*Don Antonio se sienta en una butaca y duerme.*)

ADELA

Veo que todos buscamos la agradable temperatura. ¡Oh! en esta *serre* se respira... Los salones del *chalet* están inhabitables, y mi pobre tío se congestionaba.

GONZALO

—Pero su presencia en el salón es imprescindible. Y ¿cuántos años cumple hoy la reina de la fiesta? (*Con timidez*).

ADELA

—¡Oh! Veo que me hace usted la pregunta temiendo molestarme. ¡Nada de eso! Hoy cumplo veinticinco años... pero más que el día que es, me satisface haber dado fin á mi comedia.

GONZALO

—¿Ha escrito usted una comedia?

ADELA

—¡Ah! Pero ¿usted no lo sabía? Es verdad que como viene de la *provincia*... ¡hasta allí no llega mi fama de escritora! Sí, joven, he escrito varias comedias; pero esta última es la mejor... ¡Qué! ¿se asombra usted? Sin duda quiere que le cuente el argumento. (*Pausa.*) Sí, hombre; no hay inconveniente. (*Transición*). No me robará usted el asunto, ¿verdad? (*En tono jovial*). No, quizá no sabría usted desarrollarlo. ¡Ah! pero ¡qué distraída soy! Marqués, presento á usted á D. Luis de la Serna, Barón, el hombre más cargante que viste frac. (*Transición.*) ¡Ya me olvidaba! (*Presentando.*) D. Gonzalo Henestrosa, Marqués de Bustamante. Gonzalo, he de advertir á usted que D. Luis de la Serna pretende casarse conmigo; figúrese usted. ¡Yo casarme! como cualquier sér vulgar; ¿no es verdad que este hombre está loco?

GONZALO

—Tiene usted mucha fuerza de voluntad.

RODOLFO

—Mi amigo está admirado desde que conoce quién es usted. Adela.

ADELA

—Es muy joven; á su edad todo produce admiración; luego, con los años, viene la indiferencia. (*Transición.*) Supongo, Marqués, que no estará usted enamorado de mí...

LUIS

—Va usted á desconcertar al pobre joven; no estará acos tumbrado quizás á tratar mujeres con el talento de usted y..

RODOLFO (*Respondiendo á Luis en defensa de Gonzalo*).

—¡Admira á D. Luis de la Serna encontrar un hombre cortés!

ADELA (*Comprendiendo la situación.*)

—Gonzalo, seguramente no cree en el amor, y es muy cauto para decirme, como todos, que me ama...

GONZALO

—Admiro a usted, Adela, como á un sér excepcional, cuy talento avasalla su hermosura, que es mucha. (*Viendo á D. Antonio dormir*). Bien duerme su señor tio.

ADELA

—¡Pobre! ¡Phs! Ahí lo tienen ustedes. Ese. . ese es para el mundo; para ustedes, sí, hombre, para ustedes. ¡Qué diría la sociedad si yo viviese sola con mi doncella! ¡qué diría! Pero vivo con mi tío, que es sordo mudo ¡qué importa! el caso es que tenga figura de hombre y sea viejo; sobre todo, que sea viejo... ¿Ustedes no han visto en los campos sembrados unos trozos de madera en cruz con un sombrero viejo ó algún trapo descolorido?...

LUIS

—Un espantajo...

ADELA

=Justo, un espantajo... pues eso es mi pobre tío... ¡un es pantajo! ¡Ah! Dios me libre de insultarlo ¡nunca! pero es u un espantajo... que impide á los pájaros, vulgo hombres, qu se atreven á picar en el sembrado... Desde lejos... desde lo aires donde los pájaros miran, parece un coloso guardián d campo... y ya lo ven ustedes, sordo-mudo y siempre durmien do... ¡Ah!, pero hay que satisfacer al mundo, á la sociedad, qu me exige un acompañante para no murmurar... mucho... d mí...

LUÍS (*á Rodolfo*).

—Ruego á usted que nos deje solos... (*aparte*).

RODOLFO

—Me parece que está usted algo equivocado... en fin Adela... vamos Gonzalo y yo á ver cómo danzan sus amigos

ADELA

—Para dejarme sola con Luis, pretexta usted querer ver los danzantes...

RODOLFO

—Volveremos. Es tan agradable esta temperatura... (*Váns*

ESCENA III

ADELA, LUIS Y D. ANTONIO

LUIS

—¡Adela!...

ADELA

—¡Luis!...

LUIS

—¿Quiere usted escucharme?

ADELA

—¡Cómo pierde usted el tiempo! ¡El tiempo es oro¡ ¿Usted rico?... No lo creo...

LUIS

(*Se acerca á ella*).

ADELA

—Inút'l

LUIS

—Adela, yo amo á usted mucho...

ADELA

—No.

LUIS

—¿Por qué?

ADELA

—Porque el amor no existe...

LUIS

—Esa es una fórmula que usted leyó en algún librillo; el amor existe, y si no, ¿para qué se inventó la palabra amor?

ADELA

—Para que sirva de pretexto á un puñado de niñas imbéciles y sentimentales, y para que usted me encocore durante todo el día...

LUIS

—Hablemos serios.

ADELA

(*Ríe á carcajadas*).

LUIS

—¡Adela!...

ADELA

—¡Qué, hombre, qué! Va usted á borrarme el nombre. ¡Adela!.. ¡Adela!... si ya sé lo que va usted á decirme. (*Reme-*[illegible]*is cómicamente*). «La amo á usted con delirio, mi corazón, herido por la flecha del niño ciego»... ¡Ve usted, ve usted cómo sé de memoria todas sus tonterías!...

LUIS

—¡Adela! Pues si no es amor, ¿qué es entonces una ansiedad grandísima que tengo de ver á usted á todas horas, de estar cerca, muy cerca de usted, y de decirla que la amo, que la quiero con toda mi alma, qué es?

ADELA

—Un principio de locura. ¡Pobre amigo mío! está usted muy mal...

LUIS

—Si no había de faltar á usted libertad. Yo había de permitir á usted hacer la misma vida que hace ahora; no le pediría nunca cuenta de sus actos; lo que usted hiciese, bien hecho estaría.

ADELA

—Hombre ¡por Dios! ¿Y quiere usted que me case con un hombre así? ¡Un hombre que se declara!... Ahora menos que nunca.

LUIS (*Poniéndose en pie y con decisión*).

—¡Eso, lo veremos!

ADELA (*Con ironía cómica*).

—¿Es un reto?

LUIS

—¡Una amenaza!

ADELA (*Ríe con fuerza*).

—¡Adiós... Don Jaime!

LUIS (*Con extrañeza*).

—¿Don Jaime?

ADELA

—¡El Conquistador!

LUÍS

—¡Adela! Me juré ser su esposo y lo he de conseguir.

ADELA

—¡Se pone usted tan grave! Vamos, quiere usted que le exponga el argumento de mi comedia, ¿verdad? Siéntese aquí, á mi lado. (*Luis se sienta al lado de ella.*) Pero... (*transición*), cuidado con enamorarse. ¿eh? Tranquilo... así... (*Luis vuelve la cabeza no queriendo oir lo que Adela dice*). Pero míreme usted á la cara. (*Luis la mira con sorpresa.*) Sí, hombre, á la cara. (*Pausa.*) Soy hermosa, ¿verdad?

LUIS

—¿Se complace usted en hacerme sufrir?

ADELA

—¡Scht! (*Imponiendo silencio*). ¿No hemos quedado en que usted no se enamoraría? (*Pausa*). Personajes cuatro: Aurea; ¿qué le parece á usted ese nombre?

LUIS

—Bonito, muy bonito.

ADELA

—Gracias. Esta Aurea es joven, de unos veinte años. rubia; ¿quiere usted que sea rubia?

LUIS

—Sí, rubia, sí.

ADELA

—No, no; porque si le parece que sea morena, puede serlo. Todo sería cuestión de teñirse. (*Continuando el relato*) Coqueta, muy coqueta, porque si no es coqueta, no puede ser mujer.

LUIS (*Como si desease terminar la conversación y valviendo la cara.*)

—Otro personaje.

ADELA

—Bueno; pero míreme usted la cara: (*Luis lo hace*), así; muy coqueta y casada...

LUIS

—¡Casada!

ADELA

—Sí; Aurea es un sér desgraciado. Su marido se llama Edmundo; es un tipo correcto, una *monocle*. ¡Ya ve usted si será antipático! Es un noble *á más no poder*... pero veo que está usted preocupado. ¡Es verdad! ¿qué importa á usted mi comedia?... A ustedes los nobles no les gusta ver comedias, les agrada más representarlas...

LUIS

—Si mal no recuerdo, eso es una frase de su libro *Gente del pueblo*, aquel que tanto escandalizó al mundo.

ADELA

—¿Escandalizó al mundo? Permítame usted una aclaración... Yo retrataba la sociedad; eso es lo que escandalizó al mundo. Ver que se le arrancaba el antifaz y se le decía: ¿Véis esta mujer hermosísima á quien todos arrulláis? Pues no es lo que parece. Debajo do esa máscara de pintura y vaselina, se esconden profusión de arrugas. ¿Véis esas joyas que la adornan y con las que os deslumbran? La mitad de las piedras son falsas; legítimas la otra mitad; con el resplandor de las unas, se disfraza la opacidad de las otras; como los hombres, exactamente igual que los hombres. La ignorancia de algunos vive y se desarrolla á la sombra del talento de otros. (*Transición.*) ¿Sigo mi argumento?

LUIS (*Levantándose*).

—¡Adela! no puedo más... Escuché á usted con paciencia, pero... Adela, ¡nos veremos!

ADELA

—¿Eh?

LUIS

—¡Nos veremos! Tengo un plan. Hasta luego. (*Saluda y vase.*)

ADELA

—¿Un plan? ¡Otro! ¡Ah! Veremos quién vence. (*Vase derecha.*)

ESCENA IV

GARNELO, LOMBAY Y D. ANTOÑIO

LOMBAY

—Ven por aquí, Garnelo; disfrutemos de este ambiente perfumado que vivifica y ensancha el alma. Te enseñaré todos los ámbitos de esta mansión hermosa; ¡claro! la primera vez que tus plantas hollan los umbrales de esta casa; ¿qué te parece esta familia?

GARÑELO

—Algo cursi...

LOMBAY

—Seguramente le habrás ya pedido dinero y te lo habrán negado...

GARÑELO

—Todavía no...

LOMBAY

—Por favor, Garnelo, abstente de ese tu vicio insano, ¿es que no puedes contener tu vicio?

GARNELO

—Lo que no puedo es tener dinero...

LOMBAY

—Es horrible; habla dos veces á una persona. y en seguida, «¿me hace usted el favor de un duro?»...

GARNELO

—Ya me contentaría con dos pesetas; oye, ¿quién es aquel señor?

LOMBAY

—El tío de Adela... Pero... ¡ah! espera, espera un instante, Eloisa va hacia el pabellón.

GARNELO

—¿Quién es Eloisa?

LOMBAY

—La doméstica de Adela; espérame; no salgas, porque la ahuyentarías; un momento... (*Vase derecha.*)

ESCENA V

GARNELO Y D. ANTONIO. (*D. Antonio se despierta*).

GARNELO

—Ya se despierta este señor; hombre... es anciano y quizás... en fin, probemos. (*Se dirige á él.*) Muy señor mío... siento verdadero placer al saludar á usted; acabo de ser presentado á su sobrina, y aunque no tengo el gusto de conocerlo, mi amigo Lombay me ha indicado que es usted el tío de Adela...

(*Aparte*). (Le adularemos un poco)... Adela es hermosísima, y además de hermosísima, original. (*D. Antonio inclina la cabeza durmiendo.*) (*Aparte*). (Le satisface, continuemos...) Talento, ingenio, hermosura, todo lo reune... Yo admiro su desprecio del mundo... Y ahora que me acuerdo, usted dirá que soy desahogado; pero, yo soy muy franco, muy vehemente, en seguida tomo cariño á las personas, y créame usted, usted me inspira confianza y simpatía. (*Con misterio.*) He oído decir que luego van á jugar aquí un tresillo y... precisamente al entrar en el baile, ví con verdadero asombro que al cambiarme de chaleco en casa no tuve la precaución de tomar dinero de mi caja; ¿tendría usted ahí cinco duros sueltos que le devolveré en seguida? Porque ya sabe usted lo que es el mundo y... (*Don Antonio vuelve á inclinar la cabeza.*) (*Aparte.*) (Dice que sí, pude haberle pedido más.) Pues haga el favor.., y en seguida. (*El mismo juego en D. Antonio*) Créame que estoy agradecido, no sé como... (*El mismo juego.*) ¿Que sí?... (*Se fija en él.*) Demonio ¡si está durmiendo!...

ESCENA VI

LOMBAY Y GARNELO

LOMBAY (*Muy triste*).

—Una carrera, algunas flores y varias bofetadas...

GARNELO

—Oye, sabes que el tío de Adela es un grosero... le hablo y no me contesta, y después se duerme.

LOMBAY

—Claro... si es sordo-mudo...

GARNELO

—Haberlo dicho antes...

LOMBAY

—Mas... Es Adela á quien veo sobre la terraza rodeada de us amigos numerosos y... y no oyes... me llaman... Lombay... sí... voy, señora, voy, ¡vamos! (*Vanse izquierda.*) (*Garnelo le sigue intentando detenerle*).

ESCENA VII

ADELA Y CONSUELO (*Que entra por la derecha*).

ADELA

—Vaya, ya los ahuyenté... me tienes impaciente; ¿es de tanta trascendencia lo que vas á confiarme?

CONSUELO

—De mucha, Adela, de mucha. Yo soy una de tus mejores amigas y... Mira, yo lo he consultado con el general antes de dar este paso...

ADELA

—¿El general?

CONSUELO

—Mi marido... Andina aprueba mi conducta.

ADELA

—¡Qué rareza! Pero, en fin, ¿qué sucede?

CONSUELO

—Que vengo á anunciarte que vives prevenida, porque todos murmuran de ti.

ADELA

—¡Ah! ¿Lo de anoche? ¡Bah! Eso no tiene importancia...

CONSUELO

—¡Adela!

ADELA

—¿Te asombras? Precisamente aprovecho la confusión del baile para verificar un acto de mucha trascendencia; de más que tu noticia; se trata de expulsar de mi casa á Luis de la Serna y que su canallesco proceder tenga el premio que merece. Me ha retado... no sé que hará... pero supongo que vendrá á esta *serre,* y pretenderá sorprenderme ó dar un escándalo... A todos he hablado, tu marido dirige la cruzada. Todos... á través de los cristales vais á presenciar la escena que Luis y yo sostendremos. Como hay luz en el interior, no perderéis ni un detalle; la obscuridad del jardín impedirá que él os vea... pero... mira, ya viene, no pierdas tiempo... anda, haz el favor de llevarte á mi tío... (*Despiertan á D. Antonio y vanse él y Consuelo por la derecha.*)

ESCENA VIII

ADELA Y LUIS

LUIS

—(*Muy decidido.*) ¡Adela!

ADELA

—¿Eh? ¡Ah! ¿Usted aquí otra vez? ¿Dejó usted olvidado algo?

LUÍS

—Ya comprenderá usted que al venir yo aquí...

ADELA

—Pero está usted pálido, nervioso; una indisposición repentina, sí, justo, una indisposición repentina; llamaré...

LUIS

—No, estoy bien; juro á usted que estoy bien, pero...

ADELA

—Pero, ¿qué, vamos, qué?...

LUIS

—Ahorremos vulgaridades é indirectas, ¡yo necesito casarme con usted!

ADELA

—Y dice usted ¡ahorrémonos vulgaridades! ¿Hay algo más vulgar que el matrimonio? Pero, en fin... vamos por partes. ¡Vamos á ver! Primero: ¿de qué capital dispone usted? (*Pausa.*) Respóndame usted.

LUIS

—Del bastante para casarme con usted.

ADELA

—Mi capital es poderoso; ¿no teme usted que digan, si conmigo se casa, que busca usted mis millones?

LUIS

—Soy demásiado rico para que nadie piense así...

ADELA

—Demasiado rico y un tanto soberbio... Mire usted, ese ya es un defecto para marido. En fin, veremos. ¿Tiene usted mucha paciencia?

LUIS

—¡Mucha, Adela, mucha!

ADELA

—Bueno, eso ya es otra cosa. En fin, óigame usted. (*Pausa. Piensa como si coordinase ideas.*) Cuando nos casemos, verá usted, verá usted; saldremos en el sud-expreso con dirección á París. (*Transición.*) ¿A qué hora sale el sud-expreso. (*Pausa.*) Desde París iremos á Roma. ¡Ah! y á Venecia, y embarcados en una góndola una espléndida noche de luna, nos arrullaremos mucho, mucho, ¿verdad? (*Transición.*) ¡Ah! Si no puede ser. ¿Qué iba á decir el gondolero?

LUÍS

—Es indigno de un hombre ser juguete de una mujer, aunque esa mujer sea usted. Quizás me recrimine acusándome de descortés y hasta grosero; pero no puedo permitir que su burla llegue hasta el escarnio. Repito que me juré ser su marido

y lo he de conseguir. Lograré con astucia mi plan, y suceda lo que suceda, usted lo ha querido, y ahora... Adiós, Adela. (*Se dirige hacia la puerta.*)

ADELA

—¿Se retira usted ya, tan pronto?

LUIS

—¡Claro! ¿Qué he de hacer?

ADELA

—Pero, qué cínico es usted, Luis... quiere usted que yo me case con un hombre que ha pretendido difamarme pasando una noche entera escondido aquí, aquí mismo, en esta *serre*.

LUIS

—¡Yo!

ADELA

—Usted; sé que ante diez ó doce amigos suyos escaló la verja, y como un bandido atravesó usted mi jardín y entró en la *terrase*; sus amigos le vieron perderse en la obscuridad, pero no le vieron dar la vuelta al *chalet* y entrar en esta estufa, donde, encerrado, pasó usted la noche. Mi jardinero, que le espiaba, pudo dar á usted un tiro impunemente, pero yo se lo impedí; tenía orden de dejar á usted en libertad mientras no se acercara á la casa; ya ve usted, fuí noble hasta en ese extremo... ¡Calla usted, se acobarda usted ante la magnitud de su canallada! Antes, antes, amigo, al cometerla; y ahora, ¿pretende usted aún casarse con Adela?

ESCENA IX

DICHOS Y CONSUELO, ESTRELLA, CARMEN, ELENA, LOMBAY, RODOLFO, GONZALO, LEVIS, AÑDINA, GARNELO Y RIGODÓN.

RODOLFO

—Bravo, muy bien..

LOMBAY

—La Serna, doy á usted mi más sentido pésame.

GARNELO

—Lo siento mucho, pero... (*A Lombay.*) ¿Tendrá éste dinero?

ESTRELLA

—Olvidemos todo y continúe la fiesta.

ADELA

—No; (*mirando á Luis*) hay entre nosotros alguien que pudiera nublar nuestra alegría manchando nuestra reputación con el solo eco de sus palabras... Luis, creo que después de lo ocurrido, su presencia en esta casa crea una situación difícil, primero á usted, luego á cuantos le rodean... Si aún queda en usted un vestigio de dignidad, muéstrelo no obligándome á decirle que se marche de mi casa... (*Murmullos. Luis hace una reverencia y con paso lento vase derecha.*)

ESCENA X

DÍCHOS, MENOS LUIS

LOMBAY

—Es usted una verdadera heroina de la sociedad.

GARNELO (*A Lombay*).

—Te parece bien que le diga á Adela...

LOMBAY

—¡Chist! Por favor, Garnelo.

ADELA

—Señores, veo á ustedes callados. (*Pausa.*) Parodiemos la frase de *Pan y toros*:

No es nada, un canalla menos;
puede el baile continuar.

TODOS

—Sí... sí...

CARMÈN

—¿De modo, general, que fué usted herido?...

ANDÌNA

—Sí, pequeña, ¡qué noche! fué cerca del Río de la Plata. Levis se acordará...

LEVIS

—Sí, sí, lo recuerdo.

ANDINA

—Eramos doce mil; trescientos los enemigos; pudo arrollárseles, mas órdenes superiores nos hicieron acampar, y... ¡claro! hubo sorpresa y aquella tristemente célebre jornada...

LEVIS

—Fué el doce de Junio del noventa, ¿verdad?

ANDINA

—Sí, sí, el doce.

LEVIS

—Lo recuerdo; porque pocos días después fué cuando vendí á usted aquella finca de los dos millones...

ANDINA

—Sí, sí... (*Continuando el relato.*) Pues en aquella batalla me hirieron en un brazo...

RODOLFO (*A Gonzalo*).

—Malas lenguas aseguran que un brazo hirió al otro, buscando la recompensa.

ANDINA

—Aquella herida me valió una gran cruz... (*Sigue hablando en voz baja.*)

RIGODÓN (*Dirigiéndose á Consuelo*).

—¿De qué color es este vestido

CONSUELO

—Morado... Ponga usted que lo compré en Dresde. (*Transición.*) ¡Ah! Rigodón, el martes almorzará usted en casa, ¿eh?

RIGODÓN (*Inclinándose ridiculamente*).

—Perfectamente... (*Escribe.*) (*A Carmen.*) Lea usted, lea usted los epítetos...

CARMEN (*Leyendo*).

—Carmen... graciosísima, encantadora. (*A Rigodón.*) ¡Está bien! (*Transición.*) Rigodón... ya le dí la orden al ádministrador de... ¿eh?

RIGODÓN (*Inclinándose*).

—Perfectamente. (*Escribe.*) (*A Elena.*) Ese *sprit* es el célebre, ¿verdad?

ELENA

—Sí, lo llevó puesto la emperatriz Josefina, Rigodón; ¿recibió usted aquello?

RIGODÓN

—Gracias. Es un verdadero objeto de arte...

LOMBAY

—Señores... ¿leo los versos que hoy improvisé á Adela con

motivo fausto de celebrar sus cumpleaños? Son cortos. ¿Los leo?

ANDINA

—Luego, luego. Propongo un golfo. (*A Rodolfo.*) ¿Es usted de la partida?

RODOLFO

—No juego al golfo. Hay ciertos juegos que se identifican con las personas.

LOMBAY

—Creo, señores, más oportuno, que nos dediquemos á cazar.

ANDINA (*En tono jovial*).

—¿Moscas?

LOMBAY

—¡Hombre, por Dios! A cazar en el monte.

ANDINA

—No, no, un *bacarrat*. ¿Dónde habrá barajas?

LEVIS

—Aquí. (*Las saca del bolsillo*).

ANDINA

—Tallo mil pesetas. Quinientas para cada paño...

LOMBAY

—Aceptado; aquí mismo, sobre esta mesa, ahora que Adela no nos ve...

ADELA

—Modesto ¿eh? si no, no se juega.

AÑDINA (*Se sienta junto á la mesita de la derecha y juegan*).

—Pues... hagan juego, señores. (*Todos los personajes se agrupan enrededor de la mesa, Gonzalo y Rodolfo siéntanse en las butacas que habrá á la derecha.*)

GARNELO (*A Rodolfo y Gonzalo*).

—¿Ustedes no?

RODOLFO

—No, gracias. (*Garnelo se aproxima al grupo de la derecha*)

RODOLFO (*A Gonzalo después de una pausa*).

—¿Y qué? ¿Te agrada esta vida? ¿Callas? Sí, no quieres declararte vencido. (*Pausa.*) ¡Qué mundo tan diferente! ¿Verdad? ¡Qué distintas personas! ¿No es cierto? Las que tú hasta ahora conocistes, eran personas reales, que vivían, que hablaban y que sentían. Estas, querido Gonzalo, son sombras chinescas. Sí, ¡sombras chinescas! Desde fuera ves la silueta de un hombre que parece un general, otro que se asemeja á un diplomático, otro en el que se ve á un cura, una mujer que se apasiona, un niño que grita; pero... desde fuera, á través del lienzo en el que proyecta su sombra la luz; pues... mira adentro, detrás de la tela, y sólo verás unos trozos de cartón toscamente recortados y movidos á gusto del que los exhibe.

GONZALO (*Después de una pausa*).

—Veo que llevas razón, Rodolfo, llevas razón. Este ambiente, esta atmósfera tibia, exuberante de perfumes; esos hombres tan hipócritas, que sintiendo una cosa dicen lo contrario; todo me aniquila, me enloquece, me rinde: mis fuerzas me abandonan; mí voluntad no me obedece... No puedo... no puedo...

RODOLFO

—Eso, amigo mío, no puedes; hay que nacer en este ambiente. Desde muy niño, oía los chistes sangrientos, las frases ingeniosas que se llevan un jirón de honra; hay que acostumbrar los oídos á escuchar bestialidades, los ojos á ver cosas obscenas, la boca á decir inconveniencias, el alma á encenagarse.

CARMEN

—Pues no tengo más suelto; le pediré á mamá, ó si no... ¿Tiene usted, Garnelo?

GARNELO

—Sólo billetes de á mil.

ADELA

—¡Por Dios! Ruego á ustedes... (*Transición.*) Pero, en fin, si esto les agrada...

ANDINA (*Cogiendo las cartas y el dinero y poniéndose en pie*)

—Lleva razón Adela; no debemos jugar.

LEVIS

—¡Claro; está ganando!...

LOMBAY

—Adela, ¿Me permite usted que lea á estos señores los versos que improvisé á usted?

ANDIÑA

—¡No, por Dios! Luego.

LOMBAY

—Son cortos.

ADELA (*Colocándose en pié tras de una silla, en actitud de pronunciar un discurso*).

—¡Señores! Aprovecho que estamos reunidos en este...

LOMBAY

—Pequeño á la par que elegante recinto, diría yo.

ADELA

—Diría usted, es verdad. (*Continuando el discurso.*) Mientras los amigos de menos confianza disfrutan por esos salones voy á comunicar á ustedes una noticia que por su índole ha de producir verdadera impresión en el ánimo de todos, como diría nuestro dulce á la par que cariñoso amigo Lombay. (*Este se inclina cómicamente.*) ¡Voy á contraer matrimonio! (*Gran sorpresa en todos. Todos cuchichean, algunos se ríen irónicamente, como desconfiando de las palabras de Adela.*) Lo que anoche su-

cedió me ha demostrado la necesidad que existe de que busque un esposo, si he de vivir feliz. Mi carácter todos ustedes lo conocen, mis ideas nadie las ignora. Pretendo ser el tipo de mujer moderna, que en España resulta mujer excéntrica; quiero ser la mujer americana de gran escepticismo; hubiera querido morir soltera; veo que es imposible. Pues bien, me casaré. Yo no creo en el amor; eso ninguno de ustedes lo ignora; quiero decir que me caso, obligada por las circunstancias. (*Pausa.*) Si ustedes no hubieran presenciado la escena de antes, seguramente mañana correría mi nombre de boca en boca, envuelto en una sonrisita significativa, que destilaría jirones de mi honra mancillada. (*Pausa.*) Yo desprecio las fórmulas sociales; me río de ese quijotesco *qué dirán*, que tanto pavor causa á medio mundo, y... ahora, ahora viene la noticia. (*Pausa. Todos demuestran gran curiosidad por saber lo que Adela va á decir.*) Pero ¡qué curiosos son ustedes! Señores. Voy á declararme á un hombre. ¡Cuidado que soy excéntrica! ¿Verdad? No, amigos míos, soy la mujer moderna. Y ya que me decido, después de mucho pensarlo, á negar aunque en parte mis creencias, no he de hacerlo desventajosamente; yo, que me precio de buena observadora, he podido encontrar entre todos los hombres que conozco, uno que decididamente me conviene; que no sabe quizás los nombres de los platos de un *menú* en francés, pero que tiene un alma muy sencilla y hermosa; en fin, señores, propongo mi mano á Gonzalo Henestrosa, marqués de Bustamante. He dicho. (*Pausa.*) ¡Ah! ¿Pero no me aplauden ustedes? ¡Claro! ¡Han sido tantos los desairados! (*Aplauden.*)

LOMBAY (*A Gonzalo*).

—Marqués, felicito á usted.

RIGODÓN

—Mañana, un extraordinario.

GONZALO (*A Adela algo afectado*).

—¡Adela! (*Viva curiosidad en todos.*) Es verdad que resultó inesperada la noticia; es cierto que aún no sé cómo agradecer yo á usted ese rasgo; pero... bien apurada es mi situación. ¡Cómo decirle, sin que usted pueda ofenderse, que, que... usted lo ha dicho, ¡no cree en el amor! me es imposible; yo no puedo ser su marido. (*Sorpresa general. Adela queda pensativa.*)

LOMBAY (*A Gonzalo*)

—¡Hombre, hombre!

GONZALO

—Es muy sencillo. Profeso las mismas ideas que Adela. ¡Señores! yo también pienso casarme.

ADELA

—Ahora sí que permanezco toda la vida soltera.

LOMBAY

—Estos dos señoritos que así hablan (*por Gonzalo y Adela*) acabarán por unirse en matrimonio.

GONZALO—ADELA

—¡Casados, nunca!

LOMBAY

—¡Pchs! Lo sentiré por ustedes y... por la Moral.

TELÓN RÁPIDO